

este empeño, se encontró con el capitán Villaseñor que le quiso detener el paso fortificándose en el camino cerca del Valle del Maíz, en cuyo encuentro que fué el primero en que Mina dió á conocer en este país sus talentos militares, derrotó á Villaseñor, infundiendo mayor confianza á su tropa, que conoció toda la importancia de aquel jóven guerrero, que era tan infatigable como inteligente.

Siguió el pequeño ejército su camino hasta la hacienda de Peotillos, donde fué alcanzado por Armiñan con una fuerza mucho mayor, que habia ido reuniendo en su violenta marcha; y viendo Mina que no podia emprender su retirada á la vista de un enemigo tan numeroso, ni encerrarse en una hacienda desprovista de víveres, determinó empeñar una acción campal. Esta célebre batalla se esperaba con un resultado tan favorable para las armas reales, que Armiñan en una orden del día habia felicitado á sus soldados por el triunfo ordenándoles que no se detuvieran en recoger el botín, sino en matar á todos los contrarios hasta no dejar uno solo de aquella gavilla. Efectivamente la acción fué muy reñida; y á no haber sido por el valor y el genio militar del caudillo aventurero, no habria quedado uno solo; mas la fortuna decidió de un modo contrario á Armiñan quien sufrió una derrota tal, que los restos de sus tropas huyeron sin detenerse por muchas leguas, sin haber habido poder bastante á contenerlas.

Mina siguió su camino tocando á la Hedionda, la hacienda de Espíritu Santo y llegó á Pinos donde por medio de un asalto tomó la plaza y se apoderó de los elementos de guerra que allí habia reunidos, y de bastantes provisiones para su tropa.

Siguiendo de allí la marcha por los altos de Ybarra, Mina llegó al fuerte del Sombrero de la Sierra de Comanja, donde fué recibido por el gefe D. Pedro Moreno con gran

entusiasmo, difundándose por todas partes la noticia de los hechos extraordinarios de aquellos hombres que con su fama dieron nuevo aliento á la causa de la independencia que iba declinando á gran prisa por la muerte de muchos de sus caudillos y la desunion de otros.

Mina dió apenas algunos dias de descanso á su tropa y varias disposiciones para la fortificación del cerro, saliendo luego á proveerse de recursos, en cuya marcha encontró una considerable fuerza realista mandada por los coroneles Ordoñez y Castañon; y en el punto de San Juan de los Llanos, en una acción que apenas duró ocho minutos, Mina derrotó á sus contrarios, haciéndoles mas de trescientos muertos y doscientos prisioneros, contándose entre los primeros los dos coroneles que mandaban la expedición. Pocos dias despues llegó á la hacienda del Jaral de donde sacó como trescientos mil pesos en dinero, plata, efectos y ganados que se condujeron al fuerte del Sombrero, dejándole dicho al marqués el sentimiento que le causaba no haberlo visto, pero que dentro de algunos dias volveria para hacerle otra visita.

Cuando vió el virey que habian sido inútiles sus órdenes para contener á Mina en sus primeros pasos, y que éste con un puñado de hombres, habia penetrado hasta el centro del país proveyéndose de recursos y poniéndose en contacto con los gefes de la insurrección en el interior, ordenó su persecución hasta extinguirlo, formando para este fin un ejército á las órdenes del mariscal de Campo D. Pascual Sinian. Esta fuerza en combinacion con otra procedente de Guadalajara al mando del brigadier Negrete, llegaron á sitiarse el fuerte del Sombrero el 31 de Julio del año de 17; y Mina con su acostumbrado valor y pericia militar sostuvo el sitio por algunos dias, aunque con grandes dificultades porque los víveres se agotaban y los manantiales de agua se iban secando por la falta de lluvias.

Esta falta de elementos, no era la única causa de la crítica situación de Mina y una circunstancia inesperada hizo que se viera con desconfianza por los americanos y que desde entonces se fueran manifestando poco favorables á sus designios. Un oficial del regimiento de Zaragoza de las fuerzas sitiadoras, se acercó á la trinchera de los sitiados y entabló con Mina una conversacion convidándolo á abandonar la causa de los insurgentes: Mina contestó, que no tenia por objeto favorecer la revolucion, cuando no amaba á los americanos, *ni mucho ni poco*; y que solo se proponia privar al gobierno de España de los recursos de América, para precisarlo por ese medio á convocar cortes y observar la constitucion. Como esta conversacion se tuvo á grandes voces por la distancia á que estaba colocado el oficial realista, fué oida de ambos ejércitos y naturalmente causó desagrado entre los americanos, pudiendo señalarse como el principio de la decadencia en la rápida carrera de Mina.

Persuadido este gefe de que seria inevitable la rendicion del fuerte por la falta de víveres, determinó salir á llevarlos personalmente dejando el mando de la guarnicion al coronel Young; y burlando la vigilancia de los sitiadores salió por un despeñadero en la oscuridad de la noche, acompañado solo de Borja, Ortiz y sus asistentes. Tanto los esfuerzos de Mina como los del padre Torres para introducir los víveres, fueron inútiles, y el fuerte sucumbió la noche del 19 de Agosto, no escapando sino muy pocas personas, que extraviadas en los campos inmediatos fueron aprehendidas el dia siguiente.

Concluido el sitio del fuerte del Sombrero, Sinián llevó su ejército al del cerro de San Gregorio en el llano de Pénjamo, donde se habian reunido Mina y el padre Torres, con todas las fuerzas que obedecian á este último. Para que allí no sucediera lo que en el cerro del Sombrero,

acordaron: que el padre Torres quedara mandando en el fuerte y Mina saliera con una partida de caballería á recorrer las inmediaciones para proporcionarse víveres y hostilizar á las fuerzas realistas.

En virtud de este acuerdo Mina pasó la sierra de Guanajuato, tomando la hacienda del Bizcocho y el pueblo de San Luis de la Paz, donde se proveyó de algunos recursos y aumentó su fuerza con los restos de los vencidos: de allí pasó á San Miguel el Grande, que no pudo tomar por la defensa que de aquella plaza, hizo el coronel Canal: se retiró luego al Valle de Santiago y tanto allí como en otros lugares del Bajío, se proveyó de bastantes víveres para introducir al campamento de San Gregorio, no logrando su objeto por la superioridad de la fuerza de Liñan que los sitiaba desde el 31 de Agosto.

Perseguido tenazmente por la fuerza realista al mando de Orrantia recorrió varios lugares de la provincia de Michoacan, volviendo luego á la de Guanajuato, cuya capital se habia propuesto tomar; así para aprovechar sus grandes recursos, como para distraer la atencion de las fuerzas reales, principalmente las que sitiaban el fuerte de los Remedios en San Gregorio.

Mina abandonando el camino real y haciendo algunos rodeos para poder ocultar su verdadero objeto, se presentó á Guanajuato en la madrugada del dia 25 de Octubre, y no se habia tenido noticia de su aproximacion, hasta que ya entrando por la calle de los Pozitos, la ronda de aquel puesto dió la voz de alarma, y la guarnicion de la plaza al mando del comandante D. Antonio Linares, organizó su defensa, á la que principalmente contribuyó el desorden en que entraron los asaltantes por no haber secundado los oficiales los esfuerzos de Mina. Al retirarse en gran confusion, pasaron por la mina de Valenciana,

donde Francisco Ortiz por apodo El Pachon, prendió fuego al tiro general, y siendo todos los techos de las oficinas, de madera, se elevó una gran columna de fuego, que por la oscuridad de la noche y la altura del sitio, se hacia visible á muchas leguas de distancia. Mina llegó hasta el mineral de la Luz, donde disolvió la gente, manifestándose muy desagradado del comportamiento de los oficiales, á lo cual se debió no haber podido tomar la plaza de Guanajuato; y solo con 40 infantes y 20 caballos, se dirigió al rancho del Venadito perteneciente á la hacienda de la Tlachiquera de la propiedad de D. Mariano Herrera, amigo de Mina.

Orrantia, que en la persecucion de este caudillo, habia quedado desorientado del rumbo que seguia por no llevar una marcha fija, se hallaba en una hacienda cerca de Irapuato sin saber por donde seguir su camino, cuando la luz producida en la madrugada del 25 por el incendio de las fábricas de Valenciana, le dió á conocer el rumbo que seguia Mina, sirviéndole este indicio para normar la decision de su marcha. En Silao tuvo noticia Orrantia, que Mina se hallaba en el rancho del Venadito, y al amanecer el dia 27, llegó con su fuerza á la vista del rancho. Cuando Mina tuvo conocimiento del peligro, salió de su cama y viendo que era imposible defenderse ó escaparse con la fuga, se entregó dándose á conocer á un dragon. Orrantia lo llamó traidor á la patria y al rey, á lo cual Mina contestó con altivez; y habiéndole dado el realista algunos golpes con la espada, el prisionero dijo con indignacion. «Siento haber caido prisionero; pero este infortunio me es mucho mas amargo, por estar en manos de un hombre que no respeta el nombre español ni el carácter de soldado.» Ese mismo dia le condujeron á Silao, donde le pusieron grillos en los piés, en cuyo acto exclamó. «Bárbara costumbre española: ninguna otra nacion usa ya

este género de prisiones: mas horror me da verlas que cargarlas!»

De Silao fué conducido el preso al campamento de Liñan, donde fué tratado con mas consideracion siguiéndose en su contra la causa, con esperanza de descubrir las ramificaciones del plan que él habia venido á desarrollar; pero ningun informe dió sobre estos puntos. En México se recibió la noticia de la prision de este famoso caudillo, con la impresion de gusto, proporcionada al temor que se le tuvo á su audacia y conocimientos militares: el virey mandó que solo se le tomara una declaracion indagatoria y se le mandara fusilar; pero Liñan, que se interesaba en conservar la vida de Mina, suspendió la ejecucion, mandando al virey una carta de Mina, en que le ofrecia presentar un plan para la pronta y completa pacificacion del pais. Apodaca ni quiso contestar la carta y reconvino á Liñan, porque no se hubiese cumplido con sus instrucciones: á causa de esto se procedió á la ejecucion, disponiendo que fuera en el creston del cerro del Bellaco, frente al fuerte de los Remedios, con esperanza de que este acontecimiento riudiera el ánimo de sus defensores; y el dia 11 de Noviembre á las cuatro de la tarde, Mina se dispuso á morir cristianamente, protestando hacerlo en el seno de la iglesia católica, y recibiendo la última absolucion, del Padre Sainz capellan de ejército. Diciendo, que solo sentia se le diera la muerte de un traidor, marchó tranquilo y con paso firme al lugar designado, donde dijo con tono enérgico. «No me hagais sufrir.» Y atravezado por cuatro balas, cayó exánime el famoso guerrero, que por un momento tuvo suspensa la atencion de la Nueva España, haciendo temblar las gradas del asiento de los vireyes. Su muerte fué tenida en España como un gran triunfo de las armas reales, y al dragon que lo aprehendió se le dieron los quinientos pesos que se habian afreído

do de gratificación al que lo presentara, y un escudo diverso al de toda la división: á Orrantia se le concedió el empleo de coronel del ejército: á Liñan se le dió la cruz de Isabel la Católica; y al virey Apodaca, se le concedió el título de «Conde del Venadito,» que no lo dejó muy satisfecho por parecerle ridículo, mas tuvo que usarlo á pesar de su representación.

En el fuerte, no se logró el efecto que se deseaba, pues los sitiados siguieron su defensa con el mismo valor con que hasta allí lo habian hecho: el dia 14 se abrió brecha con la artillería en la fortificación, y en seguida se dió un asalto, que costó al ejército real como cuatrocientos hombres, con lo cual aunque se recibieron nuevos refuerzos, ya no se emprendió otro ataque, continuando el sitio hasta que obligados á romperlo, estrechados por la falta de víveres, emprendieron salir la noche del 1.^o de Enero de 1818, pereciendo la mayor parte en esa misma funesta noche, entre cuya oscuridad brilló la luz que produjo el incendio de las casas que se habian construido sobre el cerro, pereciendo entre las llamas, los desgraciados heridos que allí se habian quedado sin poder tomar parte en aquella jornada.

Con la aparición de Mina y sus heroicas hazañas, los que aun quedaban con las armas en la mano, cobraron nuevo aliento; y aun muchos de los indultados, de nuevo volvieron á levantarse en favor de la causa de la independencia: pero fusilado Mina, muertos casi todos sus compañeros, tomados por los realistas los fuertes del Sombrero y San Gregorio, y fusilados muchos gefes de los que se unieron á estos aventureros, como Moreno, Muñiz y todos los que cayeron presos el 1.^o de Enero, volvió á decaer aquella causa y la presentación á pedir indulto estuvo otra vez á la órden del dia.

D. Nicolás Bravo que habia logrado reunir alguna fuer-

za en el Sur, hábia venido á ocupar y fortificar de nuevo el cerro de Coporo; pero libres las fuerzas reales de otra atención de mayor importancia, fueron á sitiar aquel lugar, dirigidas por D. Ramon Rayon que permanecia en México despues de su indulto; y al fin obligando á los sitiados á salir por falta de víveres, los que no perecieron en la salida, fueron hechos prisioneros. Bravo, tuvo que escaparse por un despeñadero, saliendo con su cuerpo muy maltratado: y todos los prisioneros se mandaron poner en libertad, con excepcion de D. Benedicto López á quien se dió órden de fusilar, tal vez por el resentimiento que contra él habia, siendo el primero que humilló las armas realistas en Zitácuaro, dando con esto ocasion á la formacion de la suprema junta gubernativa.

La suerte de Coporo y todas las demás fortificaciones de los insurgentes, siguió luego la isla de Jaujilla, donde quedaba la junta, único resto de gobierno con que contaba ya la revolucion en su decadencia: el coronel D. Matias Aguirre auxiliado por fuerzas de Guadalajara, bloqueó el punto, y aunque los sitiados resistieron varios ataques, al fin hubieron de rendirse á pedir el indulto, obligados por la necesidad. La junta se habia disuelto para estos dias, porque el Dr. San Martin que era su presidente, fué sorprendido en Zárate y se conservaba prisionero: pasados algunos dias, se volvió á formar á las inmediaciones de Huetamo, nombrando presidente á D. José María Pagola, que tambien fué aprehendido en union del secretario D. Pedro Bermeo y ambos fusilados inmediatamente por el teniente coronel Marron.

Para dar el último golpe á la revolucion, el virey determinó hacer prisioneros á los pocos gefes que quedaban, por medio de un golpe de audacia: comisionó al capitán Cueva y al padre Salazar, para la aprehension del Dr. Verduzco y D. Ignacio Rayon, que á consecuencia de

los descalabros sufridos, permanecian ambos sin tropa, el primero en Purichucho y el segundo en Patambo. Hicieron la operacion con todo el sigilo, actividad y atrevimiento que se requeria, aprehendiendo á los dos caudillos de la revolucion que primero formaron la junta suprema de gobierno y despues pertenecieron al congreso.

D. Nicolás Bravo, que en aquellos dias habia llegado despues de su dorrota de Coporo, luego que supo la prision de los gefes Rayon y Verduzco, se preparó levantando la fuerza que pudo para obtener su libertad, no dejando salir á los aprehensores de aquel territorio, que era en el que dominaban él y D. Vicente Guerrero. Despues de algunos dias de fatiga, tuvo que retirarse á un lugar escondido de la sierra, para curarse de los golpes que habia recibido en el despeñadero de Coporo, dejando la fuerza al mando de Guerrero; pero Armijo que habia avanzado para proteger las operaciones de Salazar y Cueva, supo por un prisionero el lugar donde se ocultaba Bravo, y haciendo una marcha forzada lo hizo preso sin resistencia en union de otros oficiales que lo acompañaban.

Los presos se condujeron á México, donde se les formó causa, concluyendo solo la instruida contra Rayon á quien se sentenció á muerte; aunque no llegó á confirmarse por el virey, á causa de algunos indultos concedidos por la corte. A los presos se les confiscaron sus bienes, y tanto ellos como sus familias, estuvieron en la indigencia; pero en medio de tanta desgracia, Bravo supo conservar su dignidad, y el virey decia, que al verlo se le representaba un monarca destronado.

Otro de los gefes de importancia, que habia figurado en la primera junta gubernativa y en el congreso, era D. José María Liceaga, que desde la separacion de Uruapan, permanecia en el Bajío, no habiendo vuelto á incorporarse con el congreso, por su disolucion en Tehuacán; cuan-

do Mina llegó al cerro del Sombrero, se le unió Liceaga, y lo acompañó en todas sus expediciones hasta el Venadito, donde fué hecho prisionero; pero éste logró escapar aquella vez, por haber usado de mayores precauciones. Pasaron apenas algunos dias, cuando se encontró en el campo con un bandido llamado Juan Rios, que le dió muerte.

De todos los gefes de menos nombradía, unos fueron muertos por la mútua persecucion que se hacian, otros perseguidos por los realistas: ya no teniendo apoyo se decidian á deponer las armas solicitando el indulto, ó pocos dias despues eran hechos presos y fusilados. De esta manera, aunque quedaron algunas insignificantes partidas, puede decirse que la revolucion concluyó, no quedando mas fuerza organizada que la de D. Vicente Guerrero: ésta aunque sufriendo una constante persecucion, se mantuvo en la costa del Sur, unas veces vencido y otras vencedor, auxiliado solo por un indio llamado Pedro Villavicencio y por el Padre Izquierdo, que se mantuvieron mucho tiempo en la orilla derecha del Mezcala aunque por fin este último, se vió obligado á pedir el indulto.

De este modo vino á concluir despues de diez años de desolacion y de lágrimas, el huracán levantado en el pueblo de Dolores, por el cura D. Miguel Hidalgo: sin embargo, las ideas de hacer la independenciam, germinaban por todas partes y por todos se reconocian como una necesidad de la época: y si pudieron retardarse por todo este tiempo, no fué debido sino al modo con que se impulsaron las cosas al principio, conculcando de un modo lamentable, los derechos de propiedad, las garantías de la vida y abriendo un ancho cauce para que la mas completa desmoralizacion se precipitara como un torrente. Pero cuando la fuerza física pudo domeñar estos elementos desencadenados, otros hombres que habian combatido de

un modo implacable la primera revolucion, aleccionados con la experiencia de diez años de guerra, pensaron en procurar la independenciam del país por otros medios; y de tal modo estaba este fruto en sazón, que un ligero impulso bastó para conseguirlo. Este paso, que es el desenlace del sangriento y prolongado drama representado por once años en la Nueva España, es lo que vamos á reseñar para poner término al contenido de este tomo.

CAPITULO XXIV.

Plan de Iguala, proclamando la independenciam.

Despues de los acontecimientos que dejamos referidos en el capítulo anterior, quedó concluida la revolucion iniciada en Dolores en 1810: sus primeros caudillos, bajaron al sepulcro casi en seguida de su movimiento: de los que los siguieron, muchísimos tuvieron en su vida el mismo trágico desenlace; y otros, despues de alguna derrota ó una larga prision, habian pedido el indulto, y solo en un ángulo del territorio mexicano se conservaba una chispa de aquel incendio. Pero el restablecimiento de la paz, solo dió una tregua por algunos dias y pronto volvieron los acontecimientos, guiados por el impulso general, á presentar una nueva borrasca que el poder español ya nó podia conjurar, porque habia llegado el término de los tres siglos de su dominacion.

Estaban próximos á embarcarse en Cádiz, diez mil soldados españoles con destino á Buenos Aires para consumar la pacificacion de las posesiones de España en la América del Sur; pero disgustado en lo general el pueblo español con la inobservancia de la constitucion, particu-